

IDOE – Instituto de Dirección y Organización de Empresas, Universidad de Alcalá, Nr. 67 diciembre 2014

Cardenal Reinhard Marx, Presidente del COMECE

¿UNA EUROPA SOCIAL?

Reinhard Kardinal Marx es Presidente de ComECE, Comisión de Obispos de la Unión Europea orientada a las cuestiones económico-sociales de la Unión Europea. En la conferencia con la que inauguró en Madrid el 19 de Septiembre de este año el Segundo Encuentro Social para Europa ha planteado de forma magistral tanto lo que es una Economía Social de Mercado como el Ordenamiento económico-societario necesario para Europa. No solamente profundiza en la dimensión Social de la economía de la UE, sino que con un rigor maestro analiza el propio debate que tiene planteado el conocimiento económico. Es una magnífica contribución para la configuración del futuro europeo y de sus Sociedades.

1.- El entorno histórico del año 2014

En la apertura de los Festivales de Salzburgo de este año, el pasado día 27 de julio, un día antes del aniversario de los 100 años de la declaración de la guerra austrohúngara en Serbia, es decir, del comienzo de la Primera Guerra Mundial, tuvo lugar la conferencia inaugural del historiador australiano Christopher Clark. Clark, que en su muy apreciado libro *“Die Schlafwandler”* se ha ocupado de las cuestiones sobre la responsabilidad de la guerra, se aprovechó de la oportunidad de esa Conferencia Inaugural en Salzburgo para tratar de la actualidad de la crisis del verano del año 2014, buscando el paralelismo con los conflictos políticos actuales y con las regiones en guerra. Aunque él, en términos generales, dejó traslucir el temor de que pudiera repetirse un enfrentamiento bélico mundial, ofreció al final de su conferencia un pronóstico positivo para Europa:

“El que nosotros estemos hoy en condiciones de no llegar a un caso así, no está todavía claro. No somos necesariamente más prudentes y listos que nuestros antepasados. Pero en todo caso tenemos en Europa mejores estructuras. Aquí se ha sacado de las ruinas de dos Guerras Mundiales un Ordenamiento Económico y de Paz, que es único en el mundo. Y no es sólo que a través de la UE haya llegado a ser impensable una guerra entre los Estados Europeos, sino que este edificio transnacional ofrece un modelo para el mundo entero para resolver pacíficamente los conflictos de intereses. La UE tiene en la actualidad, sobre todo en el interior de Europa, una mala prensa. La Unión y sus *Valores* están siendo puestos en cuestión por movimientos populistas dentro de la Unión. Pero el que observe la UE... desde fuera... verá en ella un acto de una voluntad política transnacional, que pertenece a los mayores acontecimientos de la historia de la humanidad”

En todas partes de Europa recuerdan los ciudadanos en este año el comienzo de la Primera Guerra Mundial hace 100 años, se lamentan por las víctimas y reflexionan sobre las enseñanzas que podemos aprender de la historia.

Aunque Europa en la Segunda Guerra Mundial tendría todavía que lamentar más muertes, queda la Primera Guerra que el diplomático e historiador americano George Kennan ha definido como la “catástrofe original de Europa” (“the great seminal catastrophe of this century”) en la memoria de muchas naciones como “La gran Guerra”. También el Papa Francisco, a finales de la semana pasada en su visita a Fogliano, ha recordado a los muertos de la Primera Guerra Mundial. Los obispos del ComECE se han reunido con el Presidente de la CCEE el 11 de noviembre en Verdún para recordar a los muertos y pedir por la paz.

Cómo es de robusta la Historia de Europa lo muestran, sin embargo, también otros aniversarios históricos de este año. Hace dos semanas hemos recordado los 75 años del comienzo de la Segunda Guerra Mundial. Es impresionante que sólo hayan transcurrido 25 años entre los comienzos de ambas guerras mundiales. Juntamente con el Arzobispo de Gleiwitz he celebrado el 1 de septiembre una Santa Misa para acentuar el papel de la Iglesia como puente, reconciliadora y promotora de la paz –un papel que en el último siglo lamentablemente no siempre se ha tomado en consideración.

25 años han transcurrido también ahora desde que el comunismo quebró en el Centro y Este de Europa y pudieron ser superadas las tensiones de Europa por las revoluciones básicamente pacíficas en diversos Estados. Quince años ha pasado todavía hasta que en el año 2004, hace diez años, esos Estados llegaron a ser Miembros de la Unión Europea. Por este motivo estuvieron los Obispos de la ComECE en el año 2004 una vez en España como peregrinos en el Camino de Santiago.

II. Europa se encuentra ante un nuevo comienzo.

Si nosotros hoy, en un año con tan importantes conmemoraciones históricas, miramos al mundo encontraremos de nuevo grandes desafíos y evoluciones geopolíticas. Con preocupación vemos el conflicto de Ucrania y la relación de Europa con Rusia. La inseguridad se ha ampliado en las relaciones entre Europa y los Estados Unidos. Y los sangrientos conflictos en el Oriente Próximo y Medio –en Gaza, en Siria y en Irak- plantean nuevas cuestiones sobre el futuro de la región y de la paz mundial, así como, por razón de hechos crueles e inhumanos, sobre nuestra responsabilidad en el mundo. Por la globalización se nos han hecho más próximos los desarrollos políticos y económicos de las diferentes partes del mundo. Estos desarrollos nos vuelven a plantear siempre la pregunta sobre qué somos propiamente como europeos, cómo queremos vivir y qué autoconocimiento quisiéramos aportar al mundo.

Es por lo que la situación de crisis en materia de seguridad política y económica de los pasados años, constituye una gran interrogante para la Unión Europea y para nosotros los europeos. El Consejo de Europa ha marcado la orientación en julio y agosto con las nuevas designaciones para los cargos de Presidente de la Comisión (Jean-Claude Juncker), de la Comisionada para la Política Exterior (Federica Mogherini) y del Presidente del Consejo de Europa (Donald Tusk). En estos días comienza en el Parlamento Europeo la presentación de los Miembros de la nueva Comisión Europea. La UE se encuentra por tanto ahora ante un nuevo comienzo en función de las personas y por ello también de su actuación para los próximos años. Y en mi opinión estamos ante unos años decisivos en los que debemos responder hacia dónde evolucionará la UE y con ello también, en cierta forma, Europa. Esto vale para todas las dimensiones de la Unión Europea: para su concepción constitucional, en relación con la responsabilidad de Europa en el mundo y también respecto a la relación de la economía y del equilibrio social en la UE.

En esta situación debe concienciarse Europa sobre las consecuencias que puede sacar de la crisis económica de los últimos años. Rápidamente nos encontramos ante la exigencia de una “Europa social”. Pero tan apreciado como esta expresión que está abierta a diferentes interpretaciones, debe quedar patente lo que debemos entender por una *Europa Social*.

La crisis europea de la deuda y de la economía ha llevado en muchos Estados europeos a grandes dislocaciones sociales. Seguro que mejora ya la situación económica. Aquí en España aparecen ya señales de una recuperación económica, Grecia se puede financiar ya, en parte, en el mercado de capitales, a pesar de que la cuestión de una nueva condonación de la deuda ocupará de nuevo a la política europea. Pero la situación social se mejora siempre después de la evolución económica de forma que tanto antes como después se han de afrontar muchos problemas sociales. Aunque la situación en el mercado de trabajo es menos tensa en el último medio año y ha disminuido el número de parados, todavía un cuarto de la población está sin trabajo en España. Lo mismo ocurre en Grecia.

Por parte eclesial realiza *Caritas* un buen trabajo en diversos países, ayudando a los que están en situación de precariedad. El Papa Francisco recuerda en “*Evangelii Gaudium*” las exigencias de Jesús a sus discípulos: “dadles de comer” (Mc.6,37) y muestra así “el actuar lo mismo colaborando en eliminar las causas estructurales de la pobreza y fomentando el desarrollo completo de los pobres como también con los gestos más simples y diarios de solidaridad ante toda la miseria concreta que nos encontremos” (EG 188) No se trata sólo con ello de aliviar la necesidad aguda. Importa mucho más mejorar estructuralmente las relaciones. Aquí se exige a la Iglesia con su encomienda político-diaconal, implicarse por un mundo justo y en este caso significa por una Europa Social.

IDOE – Instituto de Dirección y Organización de Empresas, Universidad de Alcalá, Nr. 67 diciembre 2014

III. La configuración de una Europa Social.

Pero ¿qué contornos tiene esta Europa Social? La Unión Europea tiene en este ámbito sólo competencias limitadas. En la distribución de competencias dentro de la UE la Política Social sigue siendo, en su mayor parte, competencia de los Estados Miembros. Ciertamente se puede discutir largo tiempo sobre el sentido de esta distribución de competencias. Naturalmente hay muchas razones para que la Política Social se siga manteniendo dentro de las competencias de los Estados Nacionales: en cuanto que son muy diferentes las tradiciones nacionales, y las diferencias culturales y económicas son muy grandes para pretender soluciones en toda la extensión europea en el ámbito social. Pero esta distribución de competencias no debe llevar, en mi opinión, a que la Unión Europea sea competente en el marco de la capacidad competitiva y los Estados Miembros tengan que cuidarse del *Equilibrio Social*. Entendiendo las cosas de esta manera, la Política y las decisiones de la UE tendrán siempre en cuenta el cálculo de las libertades del mercado, de la competencia y de la liberalización. Se vinculará entonces con Europa sólo la imagen de un proyecto económico sentimentalmente frío, mientras los Estados Miembros se han de preocupar de las actuaciones que se refieren al bienestar.

Vivimos ya hoy, por tanto, que los ciudadanos consideren el entorno estatal como escudo de la Seguridad Social. Y mientras se vincula la Seguridad Social con el Estado Nacional, se considera a Europa como la causante de la pérdida de lo social. Esto no lleva ciertamente a que la población acuñe una identidad más fuerte como ciudadanas y ciudadanos de la Unión Europea y en último término el componente social es ciertamente una importante aportación para la identificación con un marco político. Y esa es la razón por la que los Estados Miembros se aferran también a tener la competencia de la Política Social. No es, por tanto, nada de extrañar que la asimilación de una identidad europea no prevalezca, si Europa es considerada siempre sólo como el riesgo social.

Demasiado frecuentemente se toma la orientación económica de Europa como un endurecimiento del negativo efecto social de la globalización en los países industrializados. Muchos países europeos se vieron obligados en los últimos años a reformas profundas en su Ordenamiento Económico y Social y los sistemas de Seguridad Social fueron puestos bajo presión. De esta situación se hace frecuentemente responsable a la Unión Europea, que como motor de la globalización fomenta la competencia y con ello destruye puestos de trabajo o contribuye a su deslocalización al extranjero. Estoy, sin embargo, convencido de que con respeto a las consecuencias sociales de la globalización la Unión Europea no es el problema, sino la solución. Sólo una Europa fuertemente unida puede afirmarse dentro de un mundo globalizado. Los Estados sociales nacionales apenas pueden por sí mismos superar estos desafíos.

Pero en el contexto de la política europea no se pueden separar tan fácilmente lo económico de lo social. Esto vale, en primer lugar, para la Unión Económica y Monetaria con sus amplias restricciones, de cuya dimensión muchos han caído en la cuenta por la crisis. Por esto afectan la legislación europea y muchas medidas políticas a nivel europeo a cuestiones también de la Política Social, tributaria y presupuestaria. Influyen por tanto, en gran medida, en el ámbito de la Política Social. Y, no en último lugar, influye también la UE, mediante el método de la coordinación abierta, en la posterior evolución de las Políticas Sociales. Por eso es necesario hacerse una idea de cómo se ha configurado la dimensión social de la Unión Europea y en qué Principios debe orientarse. Además se plantea también la cuestión de en qué medida no sería necesaria y deseable una nueva distribución de competencias entre la Unión y los Países. Quizás tendría mucho sentido dentro de la Unión Europea convocar una reunión sobre cuestiones sociales y no centrarse sólo en la configuración institucional de la UE. La UE necesita urgentemente una reflexión sobre sus competencias en el ámbito de la Política Social.

Cuando el Consejo Europeo en marzo del año 2000 aprobó la llamada Estrategia de Lisboa estableció el objetivo de hacer en el plazo de diez años a la UE el área económica más competitiva y dinámica del mundo, basado en el conocimiento. La cohesión social y la defensa ambiental fueron también partes integrantes de la Estrategia, pero subordinadas, sin embargo, al objetivo de la competitividad. Sólo desde el casualmente también en Lisboa aprobado "*Tratado de Lisboa*" se encuentran juntos los objetivos del equilibrio social y de la competitividad.

Así pues el *Tratado de Lisboa*, que entró en vigor en el año 2009, establece "una competitiva Economía Social de Mercado" como uno de los objetivos del *Tratado de Lisboa*. De esta manera la Economía Social de Mercado ha llegado a ser un emblema de la Unión Europea. La ComECE ha publicado en enero del año 2012 con el título "*Una Comunidad europea solidaria y responsable*" una declaración a favor de una Economía Social de Mercado competitiva, para dar vida a ese objetivo contractual. Pues una Europa Social está estrechamente ligada con la realización del objetivo del Tratado de una Economía Social de Mercado a nivel europeo. Con este horizonte nos hemos propuesto como Obispos seguir desarrollando el Mercado común.

El que la Política Económica y la Política Social no se pueden separar una de otra corresponde también a cómo entiendo la Economía Social de Mercado, cuya concepción está correlacionada con los valores y objetivos de la Doctrina Social Católica: se trata pues de un modelo económico y de sociedad que vincula la libertad de Mercado con el Principio de la justicia. Para ello crea, por una parte, el marco para una competencia correcta, utilizando las ventajas del Mercado y se preocupa, por otra parte, de un Equilibrio Social. En un sistema políticamente transversal no pueden separarse estas tareas unas de otras aunque estén sometidas a distintos niveles. Más bien, en las decisiones de Política Económica debe tenerse siempre en cuenta "*lo social*". La Política abarcaría demasiado poco si no tomase en consideración el conjunto y sólo se sintiera competente para un sector parcial. En vez de eso se necesita una Política integrada que abarque a la totalidad. Por eso deben ser consideradas también las medidas de Política Económica de la UE siempre bajo el prisma de sus consecuencias sociopolíticas. En el proceso legislativo europeo debería, por tanto, incluirse una verificación de la contractualidad social.

Una Economía Social de Mercado a nivel europeo se debe orientar también naturalmente hacia la capacidad competitiva. Pero el Mercado necesita reglas claras que deben ser establecidas políticamente. Por eso la Política de Ordenamiento debe ser la base de una Europa Social. Esto tiene validez, en relación con las causas de la crisis financiera y económica, sobre todo, para los Mercados financieros. Por esta razón subraya la declaración de la ComECE: "Una Economía de Mercado que exclusivamente sirva a los intereses del capital no puede ser llamada 'social'"

Pero junto a la Política de Orden se implica también en una Economía Social de Mercado la Política Social. En base a los Principios de Solidaridad y de Subsidiariedad debe ser creado un equilibrio justo. Los trabajadores necesitan una protección social, la juventud necesita formación e instrucción, la familia como célula de la sociedad necesita ser valorada y fomentada. A ello se ha de añadir, sin embargo, que hoy no podemos pensar en una economía sostenible en el entorno de una Economía Social de Mercado sin tomar en consideración las consecuencias ecológicas de nuestra actividad económica. Por eso debemos integrar en nuestro modelo económico, junto al Equilibrio Social, también la conservación de la creación y un comportamiento cuidadoso con los recursos naturales.

El cambio climático ha llegado a ser un punto candente de los problemas ecológicos. Este cambio plantea cuestiones en relación a la justicia global e intergeneracional, porque los que en su mayor parte han de sufrirlo no son los mismos que lo causan. Por eso nos exige el cambio climático no cometer ninguna apropiación indebida en la creación y practicar una economía sostenible. Esta es la razón por la que la Política Económica en la UE no sólo ha de desarrollarse socialmente, sino también ecológicamente. Pues no será posible a la larga conseguir competitividad económica y justicia social si no tomamos en consideración las consecuencias ecológicas de nuestro proceder.

Junto al Equilibrio Social y la sostenibilidad ecológica existe un fundamento más para desarrollar la Política Económica con una concepción de política global. No debemos permitir que el Mercado impere en todos los sectores vitales y nos domine. Pues el Mercado no puede satisfacer todas las necesidades. Ante este horizonte es bueno que discutamos, a nivel europeo, sobre la cuestión de la defensa del domingo. Es importante y justo que en este día, por motivos culturales y religiosos, demos primacía al descanso sobre las actividades económicas.

De la misma manera el sector familiar pertenece a las cuestiones que no debemos someter a consideraciones económicas. La familia tiene un valor en sí, que hay que

IDOE – Instituto de Dirección y Organización de Empresas, Universidad de Alcalá, Nr. 67 diciembre 2014

Respetar. Ella hace posible el Si a la vida y es por eso fundamento de nuestra convivencia y del futuro de la sociedad. La familia no debe ser subordinada a otros procesos de la Sociedad como la Economía. Por eso no debemos acomodarla siempre a la vida económica, sino que debemos configurar los sectores del trabajo y de la economía de forma favorable a la familia. También en nuestras sociedades modernas de hoy aportan las familias rendimientos fundamentales para la sociedad. Por eso la Política debe respetar en todos los niveles el apoyo a las familias. Incluso aunque la Unión Europea no tiene ninguna competencia en las cuestiones de la Política familiar, una Política familiar justa pertenece a la idea de una Economía Social de Mercado.

Los ejemplos del domingo y de la familia nos muestran qué presupuestos culturales subyacen a la Economía y al Estado. Esos ejemplos constituyen el presupuesto para nuestro Ordenamiento de Sociedad y de la Economía. Por eso Economía y Estado deben respetar y apoyar estas realidades. El constitucionalista alemán Ernst-Wolfgang Böckenförde ha acuñado una sentencia en este sexagésimo año que desde hace décadas caracteriza los debates de la Sociedad en Alemania, pero que también ha merecido la atención de otros países: “El Estado de derecho libre vive de presupuestos que él mismo no puede garantizar”. ¡Esto vale todavía con más fuerza para nuestro Ordenamiento Económico! También él vive de presupuestos culturales y hace bien en respetar esos presupuestos y no dejarlos de lado con la lógica de la competencia.

Con respeto a una Europa Social debemos constatar hoy día, sobre todo en los países de la Eurozona, que se han hecho conscientes, en gran medida, de una responsabilidad intercambiable. Han formado una comunidad solidaria y constatamos cada vez con más fuerza que esta solidaridad implica también una responsabilidad comunitaria. Por esta razón la declaración de la ComECE tiene por título “Una Comunidad europea de solidaridad y responsabilidad” y exige: “Solidaridad y responsabilidad deben estar siempre estrechamente unidas entre sí en el futuro de la UE”. Por eso debe ser obligatoria una Europa Social como lema de la Economía Social de Mercado.

IV. Exigencias Sociales en la UE

Partiendo de estos planteamientos básicos sobre una Europa Social quisiera mencionar cinco exigencias sociales con las que debemos enfrentarnos hoy todavía con más dureza: el paro juvenil, la actual crisis europea, el cambio demográfico, migración y “comercio humano”.

1. Con respecto a los mercados de trabajo cada vez me llama más la atención el elevado paro juvenil de los Países del Sur de Europa. No debemos dejar nada por hacer para ofrecer a la juventud una perspectiva y abrirles oportunidades para disponer y configurar su vida. Ya desde hace tiempo se habla, en relación con el paro juvenil, de una generación perdida. No debemos aceptar esta situación: lo mismo con respecto a la juventud misma como tampoco con respecto a las consecuencias políticas a largo plazo de esta situación. Formación y trabajo son por eso los temas en los que nos debemos situar. Para ello la imagen cristiana del ser humano promueve la propia responsabilidad y la disponibilidad para el rendimiento de cada uno. Por eso tiene la formación un valor central que no se reduce al éxito económico en cuanto que es una parte de la formación de la personalidad.

En su predicación al comienzo de su Pontificado, el 24 de abril del año 2005, el Papa Benedicto lo ha formulado de la manera siguiente: “*todos son apreciados, todos son queridos, todos se necesitan*” Esto debe ser el lema para nuestra Sociedad. Por eso también debemos, en una situación económicamente tan insegura como la actual, no sólo registrar simplemente a los parados, sino abrirles de nuevo siempre oportunidades. Pues la pérdida del puesto de trabajo no significa sólo que los ingresos abandonan a los afectados, sino que con ello se pierden también las más escasas oportunidades de formar parte de la Sociedad y reducir las perspectivas vitales. También el Papa Francisco se declara contrario en la “*Evangelii Gaudium*” a la economía de exclusión, cuando dice: “*No se trata simplemente del fenómeno de la explotación y del sometimiento sino de algo nuevo: con la exclusión la pertenencia a la sociedad en que se vive se ve afectada en sus raíces porque a través de ella no se encuentra uno sólo en la inseguridad, en la marginación o entre los que no tienen ningún poder, sino que se está fuera. Los excluidos no son explotados, sino basura, deshecho*” (EG 53). Como cristianos

debemos, por el contrario, pensar a partir de la Dignidad del Ser Humano y posibilitar a todos la participación en el trabajo y en los procesos de la Sociedad. Sobre todo, en relación con el paro de masas, no se debe limitar la Política Social a la exclusiva alimentación para la supervivencia de los afectados. Las ayudas sociales públicas deben más bien perseguir el objetivo de capacitar a los seres humanos para participar de nuevo en la vida de la Sociedad.

2. Europa todavía no ha superado su crisis económica y social. España puede hoy, después de reformas impresionantes, conseguir nuevos éxitos económicos. Pero otros Países como Francia e Italia están todavía en situaciones difíciles. Estos países tienden a invertir más dinero para reanimar la economía. Frente a ellos otros países insisten – y mi patria Alemania se cuenta entre ellos- en que los Estados en crisis deben consolidarse financieramente y realizar reformas estructurales. Ciertamente será necesario establecer impulsos para el crecimiento. El Pacto de Estabilidad y Crecimiento, que subyace a nuestra moneda comunitaria, el Euro, ofrece también posibilidades para ello. Pero debemos ser conscientes de que no puede ser justo resolver nuestros problemas de hoy con el coste de las generaciones venideras. Sostenibilidad y justa medida son criterios irrenunciables de la actividad económica. Por eso, en interés por el *bien común*, los Obispos del ComECE en su declaración han puesto el acento en la Economía Social de Mercado porque Europa debe practicar una Política Monetaria, Financiera y Económica orientada a la estabilidad.

Junto a ello, sin embargo, debe ser observado el mandato de la Justicia Social. Y sobre todo debemos tomar en consideración a aquellos que menos pueden valerse por sí mismos: tales son, por una parte, los socialmente débiles y, por la otra, los que todavía no han nacido Por ello los esfuerzos necesarios de ahorro en los Países Europeos no deben ser a costa de los más débiles de nuestra Sociedad. Pero tampoco debemos, a través de un endeudamiento continuo, cargar a las generaciones venideras con una inmensa carga de deuda. Porque esto no sólo iría contra la justicia intergeneracional, sino que también agravaría las desigualdades internas de las generaciones que han de venir. Por esto el equilibrio justo de las cargas es el mayor desafío en la crisis europea de la deuda ante el que deben situarse todos los participantes.

3. También el cambio demográfico nos ocupa desde un cierto tiempo en Europa. En algunos países la evolución está adelantada, en otros todavía tiene que hacerse presente. Muchos creen que se trata de un fenómeno puramente occidental, pero no debería engañarse nadie en Europa pensando que esta evolución no le afecta. Naturalmente es agradable que todos lleguemos a ser ancianos. Con ello están unidos muchos potenciales de la Sociedad, que todavía no sabemos utilizar del todo porque nos situamos demasiado lentamente ante esa evolución. Pero, por otra parte, el cambio demográfico trae consigo también fuertes cargas para nuestros Sistemas de Seguridad Social. Por eso debemos actuar, configurando convenientemente esta evolución, para conseguir un equilibrio justo entre los intereses de las diversas generaciones. Finalmente la justicia generacional implica que no debemos cargar sólo sobre los que han de venir las cargas de la evolución demográfica y que les debemos dejar una infraestructura intacta y la posibilidad de poder configurar el mundo. Por eso será imprescindible una adaptación de nuestro estilo de vida por el bien de las generaciones venideras.

4. La inmigración de numerosos fugitivos hacia Europa nos preocupa ya desde hace décadas. Sobre todo a través de África vienen siempre más inmigrantes hacia Europa para encontrar aquí trabajo y lo necesario para poder vivir. La presión emigratoria aumenta todavía más después de la primavera árabe y las circunstancias de la migración resultan inhumanas y dramáticas. Entretanto los europeos no hemos encontrado todavía, a pesar de muchos esfuerzos políticos, una respuesta adecuada a la migración. Durante mucho tiempo nos hemos contentado con devolver a su lugar de origen a los inmigrantes que vienen en barcas por el Mediterráneo. Los numerosos emigrantes que han perdido la vida en los años pasados en su camino hacia Europa nos hacen por fin caer en la cuenta que las respuestas políticas dadas hasta ahora – pues no se puede hablar de estrategias- no han dado fruto. Las únicas reacciones de los europeos en el pasado eran defensa y control. Por el contrario, no aprecio que en Europa consideremos la inmigración también como una gran oportunidad.

Juan Pablo II ha escrito en su Exhortación Postsinodal “*Ecclesia in Europa*” del año 2003: “Si se menciona a Europa, se debe decir apertura(...) Pues debe ser un

**IDOE – Instituto de Dirección y Organización de Empresas, Universidad de Alcalá,
Nr. 67 diciembre 2014**

un continente abierto y acogedor” (EiE 111) De esto no se puede encontrar nada en la Política de Inmigración Europea. En primer lugar, debemos tratar a los emigrantes que vengan con humanismo. Esto ha de tener lugar independientemente de que después deban permanecer aquí o no. El Papa Francisco en su visita el 8 de julio del año 2013 a Lampedusa nos ha avisado de una “Globalización de la Indiferencia”. Vendrán tiempos en los que a estas palabras sigan finalmente los hechos. Pues no puede dejarnos fríos el que los emigrantes mueran a las puertas de Europa. Por eso Europa debe cambiar tanto en la recepción de los emigrantes como también en combatir las causas de la emigración en los Países de origen. Pero Europa debe analizar de la misma forma las posibilidades de la emigración legal en el sector de los muy cualificados y de esta forma oponerse a la emigración irregular y al contrabando humano. También en las cuestiones de la solidaridad intraeuropea tenemos todavía que progresar: y ciertamente lo mismo en los Estados Miembros de la UE, a los que llegan los inmigrantes como también en los otros Miembros de la UE.

5. El tema del “comercio humano” no es ni antes ni después valorado en su urgencia. Muchos creen que este problema está muy lejos de ellos. Sin embargo, desconocen que este tema ha llegado a muchos sectores de nuestra Sociedad. El “comercio humano” tiene muchos rostros: esclavitud doméstica y servicios obligatorios, prostitución forzada o comercio de órganos. Cada año, según estimaciones del ILO, 880.000 seres humanos son víctimas de este comercio en la Unión Europea y en todo el mundo son más de 20 millones. No sin razón el Papa Francisco ha situado este tema en primer plano y calificado como “crimen contra la humanidad”. En un encuentro en el Vaticano en abril de este año dijo que este Encuentro debía ser un “gesto de la Iglesia y de todas las personas de buena voluntad: ¡se conseguirá!” La Unión Europea ha tomado en los últimos años ciertas primeras medidas contra el comercio humano. Pero los esfuerzos políticos deben intensificarse más para hacer frente a este crimen global.

V. La aportación de la Iglesia.

¿Qué aportación puede hacer ahora la Iglesia a una Europa Social? La Iglesia no puede ofrecer soluciones técnicas. Tampoco tiene conceptos políticos o económicos propios que pudieran concurrir con la Política. Pero la Iglesia participa de las preocupaciones y de las necesidades de las personas puesto que está presente en este mundo. No es tarea, sin embargo, de la Iglesia proponer soluciones en el sector técnico para mejorar cuestiones particulares. Pero la Iglesia puede con su Doctrina Social ofrecer orientaciones para construir una sociedad justa.

La Doctrina Social Católica, así lo ha subrayado el Santo Papa Juan Pablo II en “Ecclesia in Europa” tiene su origen en el Encuentro entre el mensaje bíblico y la razón, por una parte, y los problemas así como las situaciones que afectan a la vida de las personas y de la Sociedad, por la otra parte. A través del conjunto de los Principios ofrecidos por esa Doctrina Social ofrece una base sólida para una convivencia humana en la Justicia, Verdad, Libertad y Solidaridad. A partir de la defensa y el fomento de la dignidad de la persona humana –fundamento no sólo de la vida económica y política, sino también de la Justicia Social y de la Paz, –la Doctrina Social es capaz de fortalecer las columnas en las que se fundamenta el futuro del Continente “(EiE 98).

En la Doctrina Social se trata, por tanto, de un concepto global, que tiene presente a las personas y a su dignidad, pero que no instrumentaliza. Una orientación a sus Principios de Personalidad, Solidaridad y Subsidiariedad posibilita la construcción de un Ordenamiento de la Sociedad que no se orienta unilateralmente a las cuestiones económicas, sino que parte de la persona.

Pero a la Doctrina Social Católica no le atañen solamente las declaraciones sociales del Papa y de los Obispos. La enseñanza de la Iglesia constituye más bien uno de los tres pilares. Un segundo pilar está constituido por la consideración científica de la Ética Social en las Facultades de Teología. El tercer pilar, por el

contrario, es desde siempre el movimiento social católico. Precisamente por eso en este Círculo insisto en que los laicos católicos deben tomar parte en la Política Europea y difundir y representar la Doctrina Social de la Iglesia en el ambiente político. La eficacia de la Doctrina Social de la Iglesia depende, sobre todo, de si se encuentran cristianos que se comprometen con la Europa Comunitaria y llevan a la práctica la Política Social-cristiana. La interconexión, en toda la extensión de Europa de los laicos católicos con la Política es ciertamente una tarea en la que nos debemos comprometer fuertemente como Iglesia.

VI. Resumen

Cuando los Presidentes de la Comisión Europea y del Consejo de Europa, José Manuel Barroso y Herman Van Rompuy, así como el Vicepresidente del Parlamento Europeo, László Surján se reunieron el 10 de junio de este año con líderes religiosos para dialogar, el Presidente Barroso informó sobre su iniciativa de reunir a intelectuales europeos para discutir sobre la nueva “Narrativa de Europa”. Detrás estaba la idea de que el fundamento de la Paz en la integración europea, casi setenta años desde el final de la Segunda Guerra Mundial, no seguía siendo atractivo. Hoy piensan muchos que la unión del poder económico, social y político de Europa debería tener como nuevo fundamento el mundo globalizado, como justificación para que los Estados en Europa trabajen conjuntamente.

En mi aportación a este encuentro en Bruselas advertí que ya Robert Schuman fundó la Integración Europea no sólo con el motivo de la Paz y de la reconciliación, sino también de la autoafirmación de Europa en el mundo. En mi opinión ninguno de los dos motivos han perdido actualidad en el día de hoy. Si no sólo defendemos el modelo social europeo en un mundo económicamente más cercano, sino que si queremos también difundirlo por el mundo, entonces no nos queda a los europeos otra opción que la de seguir trabajando juntos para representar unidos nuestros intereses comunes.

Precisamente en el año de los aniversarios 2014 -100 años del comienzo de la Primera y 75 años después del comienzo de la Segunda Guerra Mundial- no debemos olvidar la motivación pacifista. Jean-Claude Juncker, el nuevo Presidente de la Comisión Europea suele decir: “el que tenga dudas en Europa debe visitar un cementerio de soldados”. Pues suele contar la siguiente historia: cuando él como Ministro había vuelto de las negociaciones nocturnas en Bruselas y se quejaba de las duras negociaciones con los compañeros europeos, su padre rechazaba esas quejas recordándole que en épocas pasadas por esos asuntos se hubiera desencadenado una guerra.

No olvidemos por eso que las restricciones europeas existentes son también una razón para que en Europa vivamos conjuntamente, no solamente en Paz, sino como amigos. Europa sigue siendo un proyecto de Paz, de libertad y de reconciliación – también y precisamente por los difíciles tiempos de la Política Exterior en el año 2014. La Dimensión Social de Europa es una importante aportación para sacar enseñanzas de la Historia y para profundizar en este proyecto europeo de unificación. Pues una Europa Social como pilar de un Ordenamiento pacífico constituye, sin duda, como Christopher Clark ha dicho en Salzburgo”, uno de los mayores acontecimientos de la historia de la humanidad”.



El Cardenal Reinhard Marx es Arzobispo de Múnich y Freising (Alemania) y en la actualidad Presidente de COMECE desde el año 2012. Cursó sus estudios de Teología y Filosofía en Paderborn y París y recibió la Ordenación Sacerdotal el 2 de Junio de 1979. En 1996 fue Profesor de Christliche Gesellschaftslehre en la Facultad de Teología de la Universidad de Paderborn. En 1996 fue nombrado Obispo de Paderborn y de Paderborn. En el año 2001 fue nombrado Obispo de Trier y desde el año 2008 es Arzobispo de Múnich y Freising, siendo nombrado Cardenal en el año 2013 y coordinador del nuevo Consejo Económico del Vaticano en 2014 y Presidente de la Conferencia Episcopal Alemana.